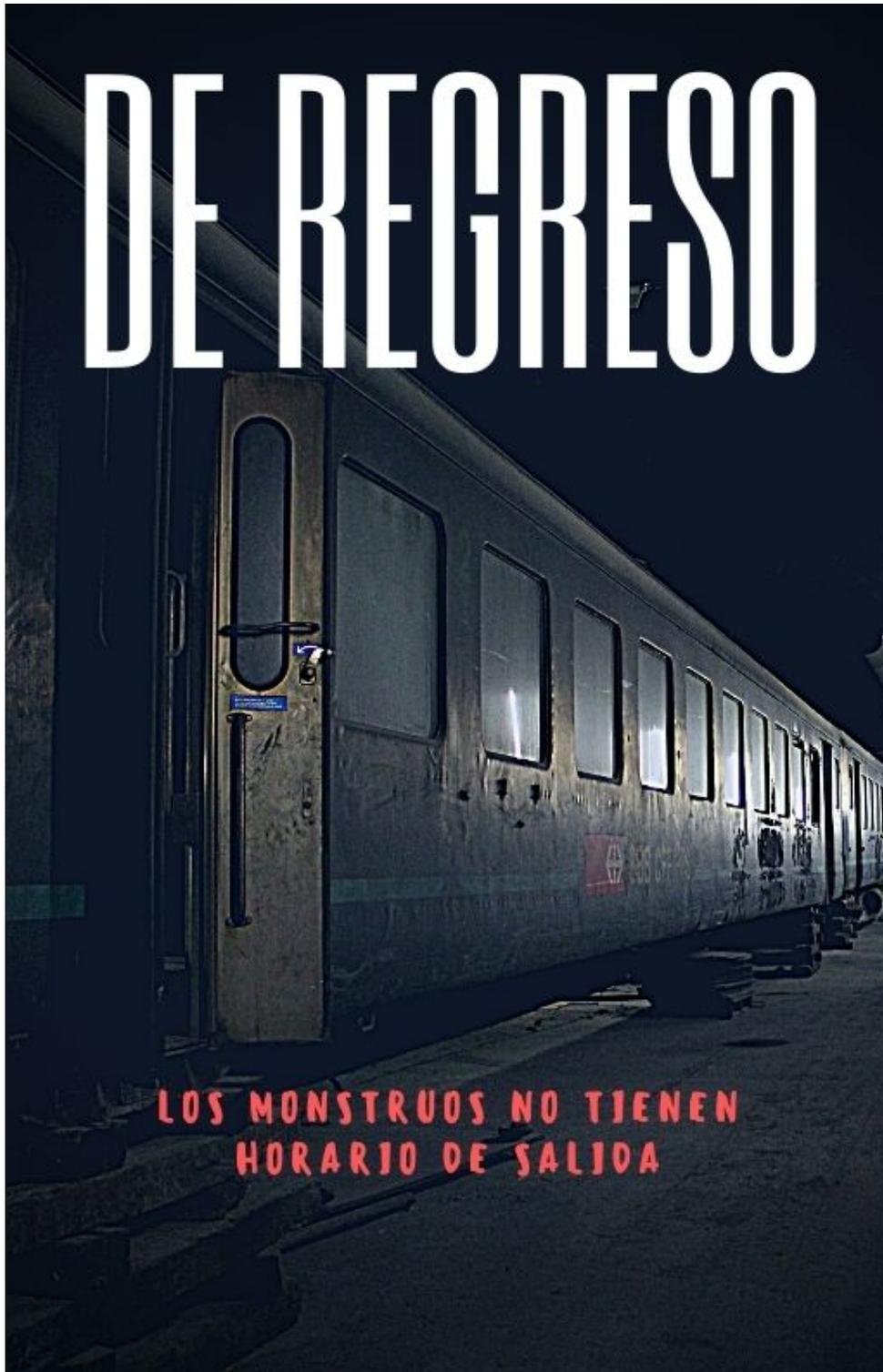


Tren de Regreso

Vicente Byrd



Capítulo 1

Estoy en proceso de mejorar y republicar algunas de mis historias. Esta es la primera de varias.

I

Para algunos de nosotros, regresar a casa es la tarea más difícil, y cuando viajas en un tren de la empresa Konfirail, regresar a casa puede resultar casi imposible.

—Oye ¿Qué ha pasado?

—¿Otra vez se ha averiado el tren?

Ramón y Eloy se abrían paso majestuosamente entre la gente que protestaba, haciendo sonar sus botas de vigilantes de seguridad.

—¡Disculpa!—dijo un hombre despeinado que leía un libro sin dibujos en la portada—¿Alguien nos va a decir qué está pasanado?! ¡iiiÉsto es una vergüenza!!!

—Oye, mira—dijo Eloy encarándose al señor—¿Tenemos cara de maquinistas? No, ¿verdad?

—Cálmate, Eloy—dijo Ramón. Ramón Cruz estaba un poco cansado de que la gente le viera como un payaso fascista que pega a la gente solo por llevar un uniforme de vigilante de seguridad, y compañeros como Eloy no hacían más que realzar ese estereotipo.

—Disculpa...—dijo una voz. Era una adolescente de unos quince años, muy pálida y de pecas. “No es mucho mayor que mi sobrina pequeña” pensó Ramón—Mi hermano se ha quedado encerrado en el baño...

—Lo que faltaba—escupió Eloy poniendo los ojos en blanco.

—Vamos—dijo su compañero—eso sí que es tarea nuestra.

—Eh... ¿Me explicas? ¿Desde cuándo somos técnicos?

Ramón suspiró y no dijo nada mientras avanzaban para seguir a la adolescente que ya los conducía entre las hileras de asientos. Ya decía bien el padre de Eloy: “¿Mi hijo? ¡Mi hijo es como los zombies de la tele!”.

Una de las luces blancas parpadeaba en el techo, oscureciendo a ratos esa zona del tren. “Justo hemos tenido que pararnos en los túneles de Rocasalada”. Los pasajeros tenían derecho a estar enfadados. No valía la pena intentar siquiera avisar por walkie-talkie. UNA vez entras en los túneles de Rocasalada, ya nadie puede oírte.

En un asiento triple estaban sentadas dos de las sobrinas de Ramón. Julia, la mayor, tenía el pelo largo y muy oscuro, y miraba su móvil mientras fingía no haber visto a su tío. Rocío, mucho más rubia, se lo quedó mirando sin decir nada. Las dos iban cargadas con un montón de bolsas de tiendas de ropa.

—Oye, tío Ramón—dijo al fin Julia, al ver que iba a ser imposible seguir ignorándolo—yo le voy a poner una queja a Konfirail, ¿vale? Esto ya es mucho morro, me parece a mí.

—Quéjate lo que quieras—intervino Eloy—se van a limpiar el culo con tu queja.

—¿Alguien ha pedido tu opinión—dijo Julia sin mirarlo. Se había empleado en ignorarlo a él mucho más que a su tío.

—Tío—dijo entonces Rocío—¿Por qué llevamos tanto tiempo parados?

Por la cara que ponía la chica, parecía que le iba a dar uno de sus ataques de ansiedad. “Definitivamente soy la niñera del tren” pensó Ramón mirando a Eloy y a sus dos sobrinas. Y Julia pareció darse cuenta de ello, porque preguntó:

—¿Por qué estás en éste tren, tío?

—¿Qué eres, mi jefa?—respondió él—¿Me mandas tú a dónde me toca ir?

—No—dijo ella riendo—pero tú nunca vienes en este tren. ¿Te ha mandado mi madre?

Ramón no contestó.

—Sabemos cuidarnos solitas, ¿eh?—insistió Julia—Somos mayores de edad.

Aquí Ramón aprovechó para señalar con la mirada el asiento vacío junto a Julia.

—¿Dónde está Andrea?—dijo—ella no es mayor de edad.

Julia se encogió de hombros.

—Es retrasada. Eso es lo que es. Se ha enfadado y se ha largado.

—Señor...—protestó la adolescente al ver que Ramón ya no venía con ella.

La gente no paraba de aporrear la puerta del lavabo.

—¡Oye! ¡Que todos necesitamos ir! ¿eh?!

—¡Abrid paso!—dijo Ramón, con Eloy pisándole los talones.

—¡Marc!—dijo la adolescente—¡Ya vienen a sacarte!

—Marc, ¿me oyes?—dijo Ramón—soy de seguridad. Apártate de la puerta, por favor. Necesito que te apartes porque tengo que romperla, ¿vale?

No hubo respuesta.

¿Marc?—volvió a intentar Ramón, y cuando abrió la boca para volver a hablar, el vagón se llenó de gritos.

De detrás de la puerta del lavabo empezaba a correr un río de sangre.

—Todos al fondo del vagón. ¡YA!

—Julia, vuelve con los demás.

El baño del tren se encontraba justo en medio del vagón. Poco a poco los pasajeros se iban recuperando del shock y empezaban a obedecer, apelotonándose todos en los dos extremos del vagón. Todos menos Julia.

—¡Suéltame!—aulló Julia Cruz, al borde de las lágrimas—¡Tengo que ir a buscarla! ¡Andrea está al otro lado del tren!

—Deja que me encargue yo. Ve a ponerte a salvo con los otros. No sabemos qué hay ahí dentro. Eloy, ayúdame, anda.

Eloy no se movía del sitio. Muy gallito para aporrear a la gente y soltar

tacos, pero cuando toca enfrentarse contra un pez más grande...

—¿Es...? ¿Es uno de esos bichos?—dijo respirando con dificultad.

—No lo sé—dijo tratando de no alarmar a su compañero, sobretodo sabiendo lo que sabía sobre él.

Mientras, la adolescente seguía llorando la muerte de su hermano como si no hubiera mañana. Rocío la abrazaba delicadamente, tratando de convencerla de ir con ella a ponerse a salvo. La situación estaba fuera de control. Ramón no paraba de recordar la cara de su cuñada dos días atrás. “No quiero que viajen solas con la que está cayendo, Ramón. Te lo pido como favor...”

—Julia—dijo pensando rápido—si te llevas a esa chica y a tu hermana de aquí, te dejo pasar al otro lado del vagón a buscar a Andrea.

—Vale, pero Rocío se viene conmigo—dijo ella sin perder un segundo. Se arrodilló junto a la adolescente— ¿Cómo te llamas?

—Ada—sollozó Ada.

—Mira Ada, yo me llamo Julia. Soy policía, ¿vale? Ella es Rocío, mi compañera.

—¿Por qué no lleváis uniforme?—preguntó Ada

—Porque estamos de incógnito—dijo Julia sin más—Ada, lo que estás sufriendo ahora mismo es una mierda, ¿vale? Pero si vienes con nosotras, te sentirás mejor. Te vamos a llevar a casa.

“No sé por qué no estudia teatro en vez de periodismo” pensó Ramón mientras Julia se marchaba con la chica y con su hermana, como él le había pedido.

Ahora estaban Eloy y él contra el monstruo.

—¿Estás preparado?—dijo Ramón tratando de hablar con suavidad.

—Me he dejado la pistola en casa.

—Eloy.

—Es que con pistola o sin—insistió el chico—paso de hacerlo y sabes por qué. Dame las llaves de la cabina.

—No puedes esconderte en la cabina mientras muere gente inocente,

Eloy. ¡Hay un protocolo!

—Que me chupen la polla. Dame las llaves—Eloy forcejaba, tratando de quitárselas del bolsillo del pecho.

—No.

—¡QUE ME DES LAS PUTAS LLAVES!

—¡QUÉ HABRÍAN PENSADO TUS PADRES, ¿EH?!—Explotó Ramón.

La mirada de Eloy fue de odio e impotencia. Era la mirada de su madre, con los ojos grises de su padre. El parecido era increíble, aunque él no lo admitiera.

¡¡SQWEEEEEEEE!!!

El ruido desgarrador sonó como si estuvieran esquilando vivo a un jabalí. Y entonces... ¡CRASH! Un tentáculo escamoso se abrió paso haciendo un agujero en la pared del baño, y... ¡CRASH! Un segundo tentáculo se dejó ver. Eran verdes y escamosos, y terminaban en una pezuña larga como un cuchillo que se clavaba en el suelo. El lagarto había terminado de comer, y tenía ganas de salir de su cueva.

Ramón sacó una pistola de repuesto y la estrelló contra el pecho de Eloy.

—Como mis sobrinas se lleven un solo razguño, te juro que hago que te despidan.

II

Hubo un tiempo en que la palabra “valentía” aún salía en el diccionario. Cuando los niños aún jugaban en la calle, cuando la música era una loca enfermedad y no un remedio. Cuando el viento gélido y violento susurraba historias, y la gente lo escuchaba atentamente antes de decidir si había que acusarlo de terrorista o acosador.

Ramón se aferró con todas sus fuerzas al tentáculo que lo zarandeaba. La piel era dura como la de una boa, casi impenetrable. Eloy se había escondido detrás de un asiento, disparando solamente cuando los tentáculos se acercaban a él. Detrás de un asiento cercano estaban agacadas Julia y su hermana, listas para ir a buscar a Andrea.

Como una liana, una de esas largas extremidades atrapó el pie de Rocío.

—¡NO!—gritó Julia horrorizada, y empezó a apuñalar el tentáculo con una navaja larga—¡NO! ¡NO! ¡NO!

Rocío estaba paralizada, como si el tentáculo la hubiera congelado.

Triste destino les aguarda a los que hayan nacido en las últimas décadas, pues lo único que conocerán es la era del terror y los lagartos gigantes.

Mientras, Ramón había quedado boca abajo, sujetando las mandíbulas del animal.

—¡Julia...! ¡Pásame la navaja!

Su sobrina miró primero hacia él y después a Rocío.

—Confía en mi por una vez en tu vida—suplicó Ramón, sintiendo que se le acababan las fuerzas.

Pero Julia no confiaba. Siguió apuñalando el tentáculo. Fue ahí que Eloy vio su oportunidad de hacer algo a parte de estar tirado en el suelo.

Tres disparos acertaron en el lomo, y dos en el cuello. El animal chilló de dolor y dejó escapar a sus dos prisioneros.

—Bien ahí, Eloy—dijo Ramón

—¡ANDREA!—Gritó entonces Julia, porque el reptil se marchaba hacia la parte trasera del vagón. Ramón se puso en pie y siguió al animal, y tras él vino Julia, y Rocío vino tras de Julia.

El lagarto corría clavando la pezuña que había al final de cada tentáculo en el suelo, dejando agujeros por donde quiera que pasara. Corría por el pasillo y a veces por debajo de los asientos, por más gigante que fuera. Su cuerpo era tan flexible que podía meterse por cualquier agujero por el que le cupiera la cabeza, exactamente como hacen los gatos o las serpientes. Los disparos de Ramón ralentizaban su marcha, y cada vez estaban más cerca de alcanzarlo.

Chilló una vez más y se dio la vuelta, fijando la vista en los tres humanos. Ramón obligó a sus sobrinas a agacharse detrás de unos asientos, con el tiempo justo de esquivar los tentáculos que venían hacia ellos como un resorte.

—¡Quedáos aquí!—dijo, y salió del improvisado escondite, disparando sin piedad y avanzando por el medio del vagón. PRonto se dio cuenta de que Julia venía tras él. “Ni puto caso esta chica”.

—¡QUE TE QUEDES DETRÁS!—Dijo obligándola a ponerse tras él.

—¡Julia!—imploró Rocío desde debajo del asiento.

Un tentáculo mortífero se dirigía hacia ellos. Ramón alcanzó a ver el filo de la pezuña, larga como un cuchillo, antes de que lo alcanzara.

—¡QUE TE APARTES!—gritó Julia dándole un empujón. Su tío tropezó de lado, y el tentáculo desvió su dirección, clavando su pezuña en el pecho de Julia.

—¡¡¡NO...!!!—gritó él.

La joven luchó por liberarse, moviéndose como con espasmos y respirando con dificultad.

Después se perdió de vista. Lo último que vio Ramón de su sobrina fue el cuerpo flotando en el aire, arrastrado por la extremidad del animal.

Ramón quería levantarse a ir hasta ella, pero no podía perder de vista a Rocío. La muchacha se había quedado acurrucada en el suelo, produciendo unos sonidos extraños.

—Rocío, dame la mano—le dijo suavemente, pero la muchacha no respondió.

—¿Qué ha pasado?!—dijo entonces Eloy, que venía de su escondite a curiosear.

—Julia...—dijo Ramón simplemente.

Eloy comprendió y no dijo nada, una chispa de decepción en sus ojos.

—¡...Putá mierda!—dijo al fin.

Y el tren se llenó de gritos otra vez. El monstruo ya volvía a atacar en la parte delantera.

—Quédate con ella—le dijo Ramón a Eloy—por favor.

Los dejó solos y se marchó. No quería tener que volver a ver esa cara de Rocío nunca más. La chica padecía de dependencia. Llevaba toda la vida siguiendo a Julia hasta para ir al baño. Parecía como si hubieran muerto y estuvieran en el infierno, y el castigo para todas las personas de aquel tren de regreso fuera lidiar con sus temores más oscuros.

Pero no había tiempo para pensar. Una estampida lo recibió a medio

camino hacia el final del tren. Los supervivientes huían del monstruo.

—¿Has visto a una chica morena? ¿De unos catorce años?—empezó a decir Ramón, deteniendo a cualquiera que se cruzara en su camino. Pero nadie la había visto, o estaban demasiado asustados para acordarse.

La parte trasera del vagón parecía una escena de guerra después de la batalla. Había sangre y vísceras esparcidas por el suelo, las paredes y las ventanas. Había gente herida o asustada, aún gritando, sentados en el suelo o en los asientos. Al fondo de todo estaba el monstruo, disfrutando de una buena comida.

Entre la gente herida estaba Andrea. Tenía la ropa salpicada de sangre. Su mejilla derecha, así como parte de la frente, estaban en carne viva allí donde el animal le había echado un bocado. Se encontraba sentada en un asiento como si esperara a que el tren arrancara, llorando en silencio.

Se miraron un segundo. Ella lo reconoció enseguida y no dijo nada. El monstruo lo había oído llegar, y dirigió hacia él uno de sus tentáculos. Se agarró a la extremidad nuevamente. El bicho volvió a zarandear a Ramón hasta lanzarlo contra la ventana, que se rompió en mil pedazos.

Aterrizó en la oscuridad del túnel, pero enseguida se puso en pie para volver a la carga. Desde allí pudo ver como el monstruo caminaba hacia Andrea, quien seguía sin reaccionar.

—¡BASTA, CABRÓN!—gritó Ramón—¡¿NO HAS COMIDO BASTANTE, YA?!

Como respuesta, el bicho chilló y abrió sus fauces, dirigiéndolas hacia la niña. Ramón cargó una vez más su pistola.

—No—dijo—Tú no vas a volver a matar en este tren.

Y: ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! Cuatro balas penetraron en el cráneo del animal.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Ramón volvió a subir al tren por la ventana. Estaba agotado y le dolía todo el cuerpo. Fue a sentarse cerca de Andrea. Era un asiento triple, como aquel en el que habían venido sentadas las tres hermanas al principio de todo.

—Ya ha pasado, Andrea, cariño. Estamos a salvo.

Llegaron Eloy y Rocío, que al oír los disparos habían querido ver el resultado del partido. Rocío corrió a abrazar a su hermana. Eloy se sentó en el suelo, a poco metros de ellos tres.

—Has hecho bien—le dijo Ramón—estoy orgulloso.

Eloy lo miró.

—¿No podías haberme dado las putas llaves?

Ramón suspiró y decidió ocuparse de sus sobrinas.

—Tenemos que encontrar alcohol para esa herida, Andrea.

—Ya no me duele—dijo la menor de sus sobrinas hablando por primera vez—Además...

Pero entonces hubo un estruendo. La ventana que tenían detrás se rompió, y de un bocado, el segundo lagarto se llevó la cabeza de Ramón. La sangre salpicó a todos los presentes. Andrea y Rocío solamente tuvieron tiempo de levantarse, horrorizadas ante lo que habían visto, antes de ser devoradas también.

En cambio Eloy no movió ni un músculo, ni se extrañó ni se inmutó para nada. Y es que en ningún momento se le había pasado por la cabeza que aquello fuera a tener un final feliz.

O quizás sí. Ahora el bicho lo miraba a él, pero él miraba hacia el cadáver de Ramón. Concretamente hacia el bolsillo del pecho, donde aún se encontraban las llaves de la cabina de mando.

III

Un segundo estruendo, seguido de un cúmulo de gritos, le indicó que un tercer lagarto se había colado en alguna parte del tren. Y un tercer estruendo le indicó que había llegado el cuarto lagarto.

Pero a Eloy solo le preocupaban dos cosas: el lagarto que tenía delante y la pistola que no tenía balas. Ahora le tocaba a él lidiar con los colmillos del animal: blancos, largos y brillantes. Como si se hubiera lavado los dientes.

¡SQWEEEEEEEE...!

Así habían muerto sus padres, pero sus padres no habían tenido tanta suerte.

Cayendo sobre su lomo, una mujer descargó con rabia un objeto afilado en la cabeza del animal una y otra vez, salvando a Eloy por los pelos. Al fin cayó el animal, y también cayó la mujer, en brazos de Eloy. Estaba

agotada y herida.

Era Julia. Lloraba con las pocas fuerzas que le quedaban. La herida del pecho era profunda, pero no había sido mortal. Eloy la abrazó.

—Vámonos—dijo él, y robó las llaves del bolsillo de su tío.

Caminó apoyándose en el joven los pocos metros que quedaban hasta la cabina. Un cuarto estruendo anunció la llegada del quinto lagarto de la noche.

—Eres un capullo—dijo Julia por decir algo—siempre lo has sido

—Ahorra fuerzas, anda—dijo Eloy haciendo girar la llave como si le fuera la vida en ello.

Ya estaban dentro, pero en un segundo volvieron a estar fuera.

Pasó todo muy rápido. Eloy notó que algo tiraba de él, y se agarró al pomo de la puerta. Lo que tiraba de él era la mano de Julia. Y lo que tiraba de Julia era un tentáculo enrollado.

Entonces tiró Eloy. Tiró con todas sus fuerzas para salvarla. Tiró hasta con las fuerzas que no tenía, las que nunca había usado o al menos llevaban sepultadas durante demasiados años como para que él pudiera recordarlas.

Tres tentáculos más venían ahora hacia él: lluvia de flechas en un campo de batalla.

—Lo siento—dijo haciendo un esfuerzo por mirarla a los ojos.

Y la soltó.

Vomitó todo lo que había comido desde el día de su nacimiento, y luego decidió que se iba a quedar así para siempre. La oscuridad de la cabina le hacía sentir un poco más seguro, como si el hecho de no ver convirtiera lo que estaba pasando en mentira.

Pero era verdad, y Eloy lo sabía.

Habrían matado al maquinista, antes incluso del incidente del baño. No había otro motivo para que el tren llevara parado tanto tiempo. Pero desde la cabina trasera también se podía accionar el tren. Empezó a sonar una melodía lenta, y Eloy se tapó los oídos. "Música ochentera no, por

favor. Me vuelvo afuera a que me maten los monstruos”.

Pero se quedó donde estaba, porque la música le sonaba un montón. Le venía como un recuerdo vago...

Pulsando unos botones, el pupitre de mando quedó encendido: decenas de lucecitas de todos los colores en medio de aquella eterna oscuridad. Como una pista de baile de esas de los años setenta.

Como un árbol de Navidad en un hogar vacío.

—Pues nada, pa’ casa ya...

Sobre el pupitre yacía su cartera abierta, con una foto de sus padres. Como si no hubiera pasado el tiempo. Sintió que algo le retorció el pecho por dentro, impidiéndole respirar. Como un bebé cuando está a punto de berrear descontroladamente.

Los recordaba en el coche. Recordaba las luces de la ciudad y del cielo, la luz de la radio y las luces de los paneles. Recordaba que siempre hablaban desde la parte delantera del coche, de cosas que él no podía ni necesitaba entender. A veces se preguntaba si aquellos viajes en coche habían pasado de verdad o había sido un sueño. A veces se preguntaba si ellos habían existido alguna vez.

Ya estaban llegando a Rocasalada. Los monstruos ya terminaban de comerse a la gente, y la cinta de cada día se oyó por megafonía:

Señores pasajeros, estamos llegando al final de nuestro destino. Gracias por confiar en Konfirail, empresa líder en España.

Eloy no regresaba a casa. No había vuelto a casa en muchos años, y ya no iba a poder volver nunca más. Ya empezaban a aparecer los acantilados y las olas, y los bosques y los arbustos. Y las farolas. Y las tiendas, las calles y la gente.

Y cuando la gente le preguntó qué había pasado, la culpa lo ahogó por completo, y las lágrimas acudieron a sus ojos.